

LA ANGLOFILIA DE SERGIO PITOL

Victor Hugo Vásquez Rentería

*Para Kennia,
por el amor recíproco
y la mutua admiración*

En 1857 *Blackwood Magazine* publica en Londres el volumen *Escenas de la vida clerical*, una compilación de tres textos que, un año atrás, en números distintos, la propia revista había dado a conocer. Le acredita la autoría a George Eliot, seudónimo de Marie Anne Evans, quien, aconsejada por su mentor y pareja, el periodista George Lewes, opta por dicho *nom de plume* para evitar el encasillamiento de su obra en la novela romántica o bien el desdén con el cual se solía recibir a las mujeres escritoras. Años atrás, en 1846, las hermanas Brontë, Charlotte, Emily y Anne, firmaron como Currer, Ellis y Acton Bell. Un caso inverso ocurre en 1928, cuando se publica *Decadencia y caída*, novela firmada por Evelyn Waugh que –más que un seudónimo– es una versión corta del nombre del londinense Arthur Evelyn St. John Waugh, además de un posible guiño a la extravagancia que distinguiría parte de su vida y de su producción literaria.

“Waugh” es el título del ensayo más extenso que Sergio Pitol haya dado a conocer, en un libro, sobre un autor en lengua inglesa. Fechado en Xalapa, en febrero de 2002, aparece publicado por Lec-

torum ese mismo año, en *Adicción a los ingleses. Vida y obra de diez novelistas*. Quizá sea este el volumen por el que más –aunque no necesariamente mejor– se conoce la manifiesta devoción del novelista mexicano por sus pares en lengua inglesa. Antes, entre mayo y septiembre de 1967, Pitol fecharía “Jane Austen / *Orgullo y prejuicio*”, “Emily Brontë / *Cumbres borrascosas*” y “Robert Louis Stevenson / *La isla del tesoro*”, ensayos que, junto con textos de Dickens, Conrad y Woolf, se publicarían en *SepSetentas* bajo el título *De Jane Austen a Virginia Woolf*, en 1975. Dicho libro, el primero en testimoniar la anglofilia del autor de *El arte de la fuga*, incluiría un fragmento de las obras a comentar, apartados de los cuales se prescindirá en volúmenes posteriores.

Entre *De Jane Austen...* y *Adicción a los ingleses* median 35 años, durante los cuales Pitol dedicó varios ensayos a autores ingleses, una selecta nómina de escritores que le merecieron no solo el homenaje de la lectura atenta y la relectura, sino la honda reflexión crítica sobre sus trabajos. Esos textos lo mismo revelan el talento y la inteligencia, la sensibilidad y el conocimiento del autor, que exhiben los primeros logros de una obra que ha visto crecer el número de sus lectores y estudiosos, sea que se ocupen de los cuentos, in-

daguen en las novelas del carnaval o frecuenten los variopintos volúmenes de la memoria. De aquí la posible justificación de esta pesquisa por los orígenes, evolución y virtudes de la adicción de Pitol a los ingleses.

Excentricidad y esplendor

En “Waugh”, Pitol ha pulido los recursos utilizados en sus textos de finales de los sesenta y principios de los setenta, a saber: biografía, contexto histórico y recepción crítica, complementándolos con el conocimiento no solo del o los libros del autor que le ocupe, sino de la literatura de otros escritores que ensanchan las reflexiones. Aspectos que también ha abordado Luz Fernández de Alba en *Sergio Pitol, ensayista*, publicado, en 2010, por la Universidad Veracruzana en la Colección Biblioteca, si bien en dicho volumen, la autora no analiza el texto sobre Evelyn Waugh.

En ese ensayo, la escritura de Pitol se distingue por la estética del contrapunto, pues lo mismo acudimos a lo sosegado de una reflexión en la que se ayuntan los ya mencionados recursos, que leemos el bien sazonado recuento de la anécdota en la cual intercala valoraciones personales, apuntes breves –casi aforísticos–, que lejos de interrumpir lo expuesto le con-



Infantes bajo la luna llena

fieren agilidad narrativa. Dicha propuesta de estilo, de manera intermitente aunque continua, aventura una particular exégesis, procurando así la variante más jazzística del ensayo literario.

Es quizá a causa de lo anterior que Sergio Pitol, al hablar de Pennyfeather, el protagonista de la no-

vela *Decadencia y caída*, consigue que este se halle entre nosotros –¿sea uno de nosotros?–, y por ello consideremos que debería sufrir algunos de nuestros temores, o nosotros acometer una de sus osadas empresas. Pennyfeather ya no es más un personaje; Pitol nos lo presenta como a un semejante del

cual nos dice por qué pudo o no haberle ocurrido tal desgracia. Gracias a las bondades de la prosa de Pitol, sentimos que somos nosotros –y no ese personaje–, quienes deberíamos haber leído *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, que este desconocimiento nos condena a ser Segismundo, o, en el mejor de los casos, llegamos a creer que de haber hecho aquella lectura, el asombro sería más conciencia y menos confusión. La especulación no se agota en el mero desglose ni en la transposición mecánica entre novela y reflexión crítica. Pitol desmenuza diálogos, estructura, psicología, los entrevera para favorecer el análisis, acude al humor; todo en función de aventurar su testimonio sobre uno de los asuntos de su mayor interés: la naturaleza de la narración literaria.

Vicio, enfermedad y violencia, las raíces oscuras de la pasión

Así como la reflexión sobre Arthur Evelyn St. John Waugh marca el cierre de la devoción de Pitol por los autores que escriben en inglés, las conjeturas sobre Robert Louis Stevenson, Emily Brontë y Jane Austen, fechadas en 1967, equivalen a la primera ley de lo que, según el novelista francés Stendhal, pasa en el alma cuando nace el amor: la admiración.

Si en “Jane Austen / *Orgullo y prejuicio*” Pitol menciona la crítica que se ha hecho a la novelista por la ausencia en su ficción de los importantes sucesos históricos de la época que le tocó vivir (41 años repartidos entre el final del siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX); en “Robert Louis Stevenson / *La isla del tesoro*” se refiere al dilatado imperio de la reina Victoria I, para enseguida

emparentar el desarrollo de burguesía y novela, y citar ejemplos en los cuales la segunda es tenaz crítica de la primera; mientras que en el caso de “Emily Brontë / *Cumbres borrascosas*”, escudriña lo biográfico a partir del teatro de Chéjov, explicando cómo su pieza *Tres hermanas* bien podría ilustrar las vidas de Charlotte, Emily y Anne, así como de Branwell –el hermano–, y del reverendo Brontë, padre de todos ellos.

Por cuestiones de espacio, me ocuparé únicamente de esta última reflexión para ubicar la génesis de la atracción crítica de Pitol por sus predilectos entre los autores ingleses. Si bien las tres reflexiones fechadas en 1967 emplean recursos comunes, la que aborda Emily Brontë me parece que puede sintetizar las virtudes de dichos ensayos y posibilitar la identificación de estas en el volumen de 2002.

Pitol enmarca la vida de las Brontë en su contexto histórico: la manera como el auge de la economía impactó en las familias rurales de la Inglaterra del XIX, empujándolas a desear una educación que las afianzara en la escala social. Razón por la que las hermanas vieron en la profesión de institutriz una ocupación que subsanara las penurias económicas. Sin embargo, el anhelo terminaría en desastre.

Sin ficcionalizar –al menos no en sentido estricto– Pitol acude a sus dotes narrativas para volver épica la común desgracia familiar: trabaja la frase, pule el adjetivo, tensa el relato, hace fluir las acciones, procura la ironía... Pitol no se contenta con biografíar. Ata cabos, saca conclusiones, da veredictos, no *compra* todo lo leído en biografías, pues considera, por ejemplo, que con relación al hermano de las Brontë, “los años dolorosamente demostrarán que la falla está en él, en su ineficaz mitomanía, en su dramática falta de adecuación a la realidad”.

Sergio Pitol sustenta sus juicios en el hondo conocimiento de la literatura de esa época –Charles Dickens, William Thackeray, George Eliot–, para confrontar variantes en cuanto a caracterización psicológica o, incluso, referir la recepción crítica que apenas en el siglo XX trajo la valoración de *Cumbres borrascosas*. De manera amable, pasa lista de presente al tipo de narrador que denomina “nube de testigos”, término que no proviene de ninguna jerigonza literaria, sino de la Biblia, del libro de los Hechos. Utilizado en sentido profano, dicho término se refiere a las seis o siete voces a partir de las cuales se da forma a la historia en los dos principales espacios de la novela (*La Granja de los Tordos y Cumbres Borrascosas*), uso en el que Brontë anticipa a Conrad y a Faulkner. Esto, a juicio de Pitol, resulta un hallazgo pues la voz narrativa prescinde de su condición omnisciente, de su entidad de narrador único, cualidades propias de la narrativa decimonónica.

Logro literario es también la psicología de los personajes. Sus violentas reacciones hacia los otros o hacia el entorno nunca son una respuesta a la moral de la época, sino que ocurren merced a un conflicto de veras universal: nosotros la raza humana, contra ustedes los poderes eternos, dice el autor de *El mago de Viena* citando a Virginia Woolf. Lo que también revela la lectura atenta de Pitol es el amplio conocimiento que tiene de las estructuras no solo narrativas sino dramáticas, pues apunta como una de las virtudes la eficaz combinación entre la precisión clásica de la forma de *Cumbres borrascosas* con su contenido desorbitado, dado que las pasiones –nutridas por el vicio y la enfermedad, tanto de los personajes como de la autora y su familia– se vierten en una estructura emparentada con el teatro isabelino,

a saber: un prólogo, cinco actos y un epílogo.

Nunca en “Emily Brontë / *Cumbres borrascosas*” nos topamos con un lector pasivo, sí con aquel que inquiere, desconfía, exige. Que se aventura a especular, develando ya la trascendencia, ya el infortunio o el extravío, como ocurre hacia el final del ensayo cuando, luego de habernos referido el camino de las pruebas de Hareton Earnshaw, cómo sus tribulaciones tocan a su fin vía la correspondencia del amor por parte de Cathy y las lecciones de inglés que esta le imparte, Sergio Pitol apunta: “Por desdicha, uno tiene todo el derecho a desconfiar de que tanto estruendo y furia como ha oído y contemplado resulte mecánicamente abolido por el eficaz empleo de un abecedario. Lo más probable es que se trate solo de una tregua”. Esto para, irónico –o desencantado–, hablar de *la devoción conmovedora* de Emily en la capacidad transformadora de la cultura. Las cursivas son más; las palabras, de Pitol.

Mamá, yo quiero saber de dónde son los ingleses

Apunta John Updike que, en 1950, Vladimir Nabokov, un tanto anglófilo él mismo, en un intercambio de correspondencia con Edmund Wilson le comenta que al año siguiente estará dando en Cornell University, una de las llamadas universidades Ivy League, un curso de literatura europea. A sugerencia del connotado crítico, continúa Updike, el autor de *Lolita* incluye a Jane Austen y Charles Dickens, además de James Joyce y Robert Louis Stevenson. Completan la lista Flaubert, Kafka y Proust. De ahí nace el *Curso de literatura europea*, libro del que Pitol se ha ocupado breve, aunque brillantemente. En esa misma dé-



El canto de la sirena

cada, en 1954, el franco-inglés William Somerset Maugham da a conocer *Diez novelas y sus autores*, volumen en el cual incluye cinco narradores ingleses, tres franceses y dos rusos. Será a finales de la siguiente década cuando Sergio Pitol, de manera episódica, inicie un periplo semejante al de Nabokov y Maugham.

Se apunta en la introducción, de autoría anónima, del volumen *Siete escritores ingleses: de Jane Austen a Virginia Woolf* (SepSetentas/Diana, 1982), de Sergio Pitol:

Estos seis [las cursivas son mías] ensayos que intentan recoger esas vicisitudes del individuo dentro del tejido

social que lo forma, enmarca o rechaza, sirvieron originalmente, con una forma distinta y más adecuada a ese propósito, de prólogo a las obras que estudian. Las presentaciones de Jane Austen, Emily Brontë, Charles Dickens y Robert Louis Stevenson aparecieron en la colección Sepan Cuantos de la Editorial Porrúa, la de Joseph Conrad en la colección Nuestros Clásicos de la UNAM, y la de Virginia Woolf en la Biblioteca Básica Salvat.

Personalmente, no creo que sea un error, si bien el dislate resulta evidente y hará las delicias de los paratextuales reavivando las pesa-

dillas de los editores. Al parecer el o la capturista transcribió de manera literal la introducción a *De Jane Austen a Virginia Woolf: seis novelistas en sus textos*, de 1975, también de Sergio Pitol, publicada en la misma colección SepSetentas. La mención no se queda en lo meramente anecdótico, pues ese séptimo autor y texto que se incluía por primera vez en libro y que falta nombrar en la Introducción del volumen de 1982, es “Henry James / La nostalgia del héroe romántico”, escritor tutelar del autor de *La vida conyugal*, así como uno de los que más ha traducido, como lo testimonian tres novelas de la colección de traducción –publicada por la UV– a la que Sergio Pitol da nombre, así como un volumen de la Biblioteca del Universitario también de la misma institución educativa.

Será en 1989, con la aparición de *La casa de la tribu*, publicado por el Fondo de Cultura Económica, cuando, en el apartado II veamos, además de Henry James, con el mismo texto de la edición de 1982, a cuatro autores de los que Pitol se ocupa en libro por primera vez: Ivy Compton-Burnett, Ronald Firbank, Flann O’Brien y Patricia Highsmith. Se trata de los llamados excéntricos, autores que se saltan las trancas –en la vida y la literatura– de las buenas maneras, acudiendo lo mismo a la parodia, el sarcasmo brutal, la sexualidad disipada y el humor negro de altos vuelos.

Apunta Luz Fernández Alba que en el año 2000 la Biblioteca ISSSTE da a conocer *Adicción a los ingleses*, un volumen en el cual incluye seis autores y siete ensayos, seis de los cuales, según el desglose que hace, pertenecen a la edición de 1975. El agregado es una breve aproximación a *Grandes esperanzas* de Dickens, volumen que, en el mismo orden y con los mismos textos y autores, será el

libro inaugural del tomo v de las *Obras reunidas*.

En 2002, cuando se cumplían los primeros 35 años de aquel texto sobre *Cumbres borrascosas*, Pitol da a conocer *Adicción a los ingleses. Vida y obra de diez novelistas*. Pareciera que se trata de los siete autores de la edición de 1982 más el texto agregado de Dickens en la edición del ISSSTE, pero no. No se incluye ni a Stevenson, ni a Patricia Highsmith. Se incorpora, eso sí, el impresionante ensayo “Waugh”, del cual me he ocupado al inicio.

En el caso de Conrad ocurre una modificación sustanciosa. Ya en las ediciones de 1975, 1982 y 2000 se ha publicado el mismo texto salvo ligeras correcciones, incluyendo el cambio de título. En esta versión de 2002 de *Adicción a los ingleses*, de las 20 páginas con las que ha aparecido anteriormente, sea con el título “Joseph Conrad / *El Corazón de las tinieblas*” o “Joseph Conrad en Costaguana”, ahora se publica con solo 16. Se han eliminado las primeras cuatro, pero el resto del ensayo es el mismo. En esta ocasión se nombra “Conrad, nuestro contemporáneo” (título espejo de “Chéjov, nuestro contemporáneo”, en *El arte de la fuga*, de 1996), y centra su reflexión en *Nostramo*.

Con las cuatro páginas que *le han sobrado*, Sergio Pitol escribe un texto nuevo –ahora sí–, “Conrad, Marlow, Kurtz”, de mayor extensión sobre *El corazón de las tinieblas*. Este último ensayo, junto con los de Henry James, Flann O’Brien y Evelyn Waugh, aparecerán también publicados en 2005, en *El mago de Viena*. Y, con excepción de “Robert Louis Stevenson / *La isla del tesoro*”, los restantes 13 textos sobre autores ingleses publicados en volúmenes previos



Mi tormento

aparecerán en 2008, repartidos en los tres libros que contiene el tomo v de las *Obras reunidas* de Sergio Pitol.

Emily Brontë y Evelyn Waugh son los dos lados del puente, el alfa y omega en el abecedario de la anglofilia de Sergio Pitol si, como he señalado, atendemos a las fechas con las que el propio autor, al final de cada uno de estos testimonios, parece sellar no su juicio ni el asunto, sino el momento: 1967 y 2002. Entonces, ¿de qué hablamos cuando hablamos de la adicción de Pitol a los ingleses? De la gestación, el ascenso y la madurez

de una portentosa manera de hacer literatura, a través de la gratitud y el asombro, sí, pero también de estrategias disociativas y re-combinatorias –*Holy Dos Passos! Holy Manhattan Transfer!*– que, al tiempo que apelan a la tradición, la enriquecen. **LPyH**

Víctor Hugo Vásquez Rentería es maestro en Literatura Hispanoamericana por la New Mexico State University. En 2019, el Instituto Literario de Veracruz publicará su libro *No es por intrigar... algunas veleidades críticas y otros ensayos de la misma índole*.